

ENTRE ROSAS

Bombay, 17 de julio de 2008

Se acercaba la medianoche. La mujer coja tenía quemaduras graves y la policía de Bombay iba a venir a buscar a Abdul y a su padre. En una chabola junto al aeropuerto internacional los padres de Abdul llegaron a una decisión con una economía verbal impropia de ellos. El padre, un hombre enfermo, esperaría dentro de la choza alfombrada de basura y con techumbre de hojalata donde vivía la familia de once. Cuando lo arrestaran no opondría resistencia. Abdul, el sostén económico de la familia, era quien tenía que escapar.

Como de costumbre nadie le había pedido a Abdul su opinión sobre este plan. Estaba petrificado por el pánico. Tenía 16 años, o quizá 19...; sus padres eran un desastre para las fechas. Alá, en su impenetrable sabiduría, lo había hecho pequeño y asustadizo. Un cobarde, así se refería Abdul a sí mismo. No sabía nada de cómo esquivar a la policía. Prácticamente de lo único que entendía era de basura. Casi todas las horas que había estado despierto de todos los años que podía recordar las había pasado comprando y vendiendo a los recicladores lo que los más ricos tiraban a la basura.

Ahora era consciente de la necesidad de desaparecer, pero, más allá de eso, la imaginación le flaqueaba. Echó a correr, pero después volvió a casa. El único escondite que se le ocurría era entre su basura.

Entreabrió la puerta de la chabola familiar y miró fuera. Su hogar estaba más o menos en el centro de una hilera de casas construidas a mano y encajonadas y el cobertizo asimétrico donde almacenaba su basura estaba justo al lado. Llegar hasta él sin ser visto privaría a sus vecinos de la satisfacción de entregarlo a la policía.

No le gustó la luna, sin embargo. Llena y estúpidamente brillante, iluminando el descampado frente a su casa. Al otro lado del mismo es-

taban las chabolas de otras dos docenas de familias y Abdul se temió no ser el único que espiaba oculto detrás de una puerta de contrachapado. Algunas personas del asentamiento querían ver enferma a su familia debido a viejos resentimientos entre hindúes y musulmanes. Otras les eran hostiles por la más moderna de las razones: la envidia económica. A base de trabajar con basura, una ocupación que muchos indios encontraban despreciable, Abdul había logrado mantener a su familia por encima del nivel de subsistencia.

Al menos el descampado estaba en silencio, aunque era un silencio inquietante. Una suerte de playa de un amplio lago de aguas residuales que señalaba el límite este del poblado, la mayoría de las noches el lugar era un auténtico caos: gente discutiendo, cocinando, coqueteando, lavándose, cuidando cabras, jugando al críquet, esperando turno para coger agua en una fuente comunal, haciendo cola a la puerta de un pequeño burdel o durmiendo la mona del licor de mala muerte que vendían dos chozas más abajo de la de Abdul. Las tensiones que bullían en los chami-zos atestados repartidos por estrechos callejones tenían en este lugar, el maidan, la única vía de escape. Pero después de la pelea y de que la mujer conocida como la Coja resultara quemada, la gente se había retirado a sus chabolas.

Ahora, entre jabalíes, búfalos y la colección habitual de borrachos tumbados boca abajo, parecía haber una única presencia alerta: un niño nepalí menudo y de aspecto anodino. Estaba sentado, abrazándose las rodillas con los brazos, en el resplandor tachonado de azul del lago de residuos, en cuyas aguas se reflejaba el letrero de neón de un hotel de lujo. A Abdul no le importó que el niño nepalí lo viera esconderse. Aquel chico, Adarsh, no era ningún soplón de la policía, simplemente le gustaba andar por ahí hasta tarde y evitar así a su madre y sus broncas nocturnas.

No iba a encontrar un momento más seguro que aquél. Abdul salió disparado hacia el cobertizo de la basura y cerró la puerta detrás de él.

Dentro estaba oscuro como el carbón, las ratas campaban a sus anchas y, sin embargo, qué alivio. *Su* almacén —poco más de diez metros cuadrados—, con pilas hasta el techo de las cosas de este mundo que Abdul sí sabía manejar. Botellas vacías de agua y de whisky, periódicos mohosos, aplicadores de tampones usados, fajos de papel de aluminio, esqueletos de paraguas víctimas del monzón, cordones de zapatos rotos, bastoncillos de algodón amarillentos, cintas de casete enredadas, estuches de plástico rotos que en otro tiempo habían contenido Barbies de imitación. En algún lugar de la oscuridad había una Berbee o quizá incluso una Barblie, mutilada a resultas de algún experimento a los que los niños con muchos juguetes parecían someter a aquellos que ya no les

gustaban. Con los años Abdul se había convertido en un experto en minimizar las distracciones. Todas las muñecas de ese tipo las colocaba en la pila de basura con los pechos hacia abajo.

Evita problemas. Ése era el principio por el que se regía Abdul Hakim Husain, una idea defendida con tal convencimiento que parecía impresa en su apariencia física. Tenía ojos y mejillas hundidas, un cuerpo encorvado por el esfuerzo y musculoso, del tipo que reclamaba menos espacio del que en justicia le correspondía cuando se abría paso por los callejones atestados de gente del asentamiento. Casi todo en él parecía batirse en retirada, salvo las orejas, prominentes, y el pelo, que se le rizaba hacia arriba como el de una chica cada vez que se enjugaba el sudor de la frente.

Tener una presencia evasiva, anodina era algo útil en Annawadi, la fosa séptica en la que vivía. Allí, entre los prósperos barrios residenciales de la capital financiera de India, tres mil personas se habían amontonado en o encima de trescientas treinta y cinco chabolas. Era un continuo ir y venir de inmigrantes de todo el país, hindúes en su mayoría, de todas las castas y subcastas. Sus vecinos encarnaban creencias y culturas tan diversas que Abdul, uno más de las tres docenas de musulmanes de la barriada, ni siquiera aspiraba a entender. Se limitaba a aceptar que Annawadi era un terreno minado, sembrado de contradicciones, nuevas y viejas, con las que estaba decidido a no tropezar. Porque Annawadi también era un lugar inmejorable en el que ganarse la vida con la basura que generan los seres humanos.

Abdul y sus vecinos habían ocupado terrenos que pertenecían a las Autoridades Aeroportuarias de India. Tan sólo una carretera flanqueada por cocoteros separaba el asentamiento de la entrada a la terminal internacional. Dirigidos a la clientela del aeropuerto y rodeando Annawadi había cinco lujosos hoteles: cuatro megalitos ornamentados y marmóreos y un Hyatt, esbelto y de cristal azul, desde cuyos pisos superiores Annawadi y otros asentamientos similares parecían aldeas dejadas caer al azar en los huecos entre elegantes moderneces.

—Todo a nuestro alrededor son rosas y nosotros somos el estiércol que hay entre medias —así lo había descrito el hermano pequeño de Abdul.

En el nuevo siglo, conforme la economía india crecía a mayor ritmo que la de cualquier otro país con excepción de China, los bloques rosa de apartamentos y torres acristaladas de oficinas habían surgido por doquier en las inmediaciones del aeropuerto internacional. Una gran corporación se llamaba, simplemente, «Más». Más grúas para levantar más edificios, el más alto de los cuales interfería con el aterrizaje de cada vez

más aviones. Era una carrera de obstáculos tóxica, impulsada por la búsqueda de prosperidad que desde la ciudad dejaba caer puñados de oportunidades en los asentamientos de chabolas.

Cada mañana miles de recolectores de basura se desplegaban por la zona del aeropuerto en busca de excesos susceptibles de ser vendidos, unos pocos kilos de las toneladas de basura que Bombay expele diariamente. Estos traperos se lanzaban a la caza de cajetillas de cigarrillos arrugados lanzados desde la ventanilla de coches con cristales tintados. Dragaban alcantarillas y asaltaban contenedores en busca de botellas vacías de agua y cerveza. Cada noche recorrían la carretera que lleva al asentamiento con sacos de arpillera llenos de basura a la espalda, como una procesión de papás noles desdentados y trabajando a comisión.

Abdul los esperaba junto a su oxidada balanza. En la jerarquía del negocio de desperdicios de la infraciudad, este joven estaba un escalón por encima de los traperos, era un comerciante que tasaba y compraba lo que éstos encontraban. Sus beneficios venían de vender la basura a granel a pequeñas plantas de reciclaje situadas a pocos kilómetros de allí.

La madre de Abdul era la regateadora de la familia, siempre dispuesta a bañar de insultos a cualquier recolector que pidiera demasiado dinero por su basura. Abdul en cambio era de verbo parco y agarrotado. Donde realmente destacaba era en la clasificación, el proceso crucial y penosísimo de dividir la basura adquirida en una de las sesenta categorías posibles: papel, plástico, metal, etcétera, para después venderla.

—De todas formas, nunca tuviste cabeza para los estudios —le había dicho hacía poco su padre. Abdul no estaba seguro de haber ido lo suficiente al colegio como para saber una cosa así. Cuando era más pequeño se había sentado en un aula donde nunca ocurría gran cosa. Después de aquello sólo trabajo. Un trabajo que generaba tanta porquería que los mocos se le volvían negros. Un trabajo más aburrido que sucio. Un trabajo que, según sus cálculos, seguiría haciendo toda su vida. La mayoría de los días este panorama le pesaba tanto como una condena. Aquella noche, mientras se escondía de la policía, le resultaba reconfortante.

El olor a quemada de la Coja era más leve dentro del cobertizo, donde tenía que competir con la peste de la basura y con el sudor producto del miedo que impregnaba las ropas de Abdul. Se desnudó y escondió los pantalones y la camisa detrás de una precaria pila de periódicos cerca de la puerta.

Lo mejor que se le había ocurrido era trepar la montaña de basura de casi dos metros de alto y después esconderse dentro, pegado a la pared trasera, lo más lejos posible de la entrada. Era ágil y a la luz del día era

capaz de escalar aquel montículo en ceñido equilibrio en sólo quince segundos. Pero un paso en falso en la oscuridad causaría un alud de botellas y latas que retransmitiría su paradero a todo volumen, puesto que las paredes comunes que separaban unas chozas de otras eran delgadas.

A la derecha de Abdul se oían, cosa insólita, leves ronquidos, algo de lo más desconcertante. Los emitía un primo lacónico recién llegado de una aldea rural que probablemente había pensado que en la ciudad quemaban mujeres todos los días. Abdul se desplazó hacia la izquierda y palpó en la oscuridad en busca de un montón de bolsas de poliuretano. Aquellas bolsas eran auténticos imanes para la porquería. Odiaba clasificarlas, pero recordaba haberlas arrojado sobre una pila de cartones mojados; amortiguarían el ruido de la escalada.

Encontró las bolsas y las cajas aplastadas junto a la pared lateral, la que separaba el cobertizo de su casa. Tomó impulso, subió y esperó. El cartón se comprimió, las ratas cambiaron de sitio, pero nada metálico cayó al suelo. Ahora podía usar la pared lateral para conservar el equilibrio mientras decidía cuál sería su siguiente paso.

Alguien arrastraba los pies al otro lado de la pared. Su padre, seguramente. Estaría ya en pijama, la camisa de poliéster que le quedaba grande de hombros y probablemente mirándose la palma de la mano llena de tabaco. El hombre llevaba toda la noche jugueteando con el tabaco, trazando círculos con el dedo, luego triángulos, otra vez círculos. Era lo que hacía cada vez que no sabía lo que estaba haciendo.

Unos cuantos pasos más, algún que otro tintineo inoportuno y Abdul se encontraba ya junto a la pared del fondo. Se tumbó. Ahora se arrepentía de no llevar pantalones. Mosquitos. Los bordes de un recipiente de plástico rígido se le clavaban en los muslos.

El persistente olor a quemado en el aire era amargo, más a queroseno y a sandalía derretida que a carne humana. De haberlo percibido mientras caminaba entre las chabolas, a Abdul no le habría dado especial asco. Aquello era olor a rosas comparado con la comida en descomposición de los hoteles que se vertía cada noche en Annawadi y que era el sustento de trescientos cerdos rebozados en mierda. Lo que le ponía el estómago del revés era saber qué y de quién era el olor.

Abdul conocía a la Coja desde el día, ocho años atrás, en que su familia llegó a Annawadi. No le había quedado otro remedio, pues tan sólo una sábana separaba las dos cabañas. Incluso entonces su olor le había perturbado. A pesar de su pobreza aquella mujer lograba de alguna manera perfumarse. A la madre de Abdul, que olía a leche materna y a cebollas fritas, le parecía mal.

En los días de la sábana, como ahora, Abdul creía que su madre, Zehrunisa, tenía la razón en casi todo. Era tierna y cálida con sus hijos

y su único gran defecto, en opinión de Abdul, su hijo mayor, era el lenguaje que empleaba cuando estaba regateando. Aunque decir tacos era algo habitual cuando se negociaba con basura, tenía la impresión de que su madre se recreaba un tanto en la norma.

—Macarra estúpido con cerebro de mosquito —decía simulando estar escandalizada—. ¿Te crees que sin tus latas mis hijos se van a quedar sin comer? ¡Debería bajarte los pantalones y cortarte lo poco que tienes ahí dentro!

Esto, de boca de una mujer que había sido criada en una aldea perdida para llevar una vida devota y oculta bajo un burka.

Abdul se consideraba a sí mismo «anticuado, en un 90 por ciento» y no dudaba en criticar a su madre:

—¿Qué diría tu padre si te oyera maldecir en la calle?

—Diría de todo —respondió Zehrunisa—, pero él fue quien me casó con un hombre enfermo. Si me hubiera quedado tranquilamente en casa, como hizo mi madre, todos estos niños se habrían muerto de hambre.

Abdul no se atrevía a nombrar en voz alta el gran defecto de su padre, Karam Husain: demasiado enfermo para clasificar basura, pero no lo bastante como para mantenerse alejado de su esposa. La secta salafí en la que había sido criado se oponía al control de natalidad y, de los diez niños que Zehrunisa había alumbrado, habían sobrevivido nueve.

Con cada nuevo embarazo Zehrunisa se consolaba pensando que estaba produciendo mano de obra para el futuro. Sin embargo Abdul era la del presente, y la llegada de un nuevo hermano o hermana siempre era para él motivo de inquietud. Cometía errores, pagaba de más a los traperos por sacos de desperdicios sin valor.

—Tranquilízate —le había dicho su padre—. Usa la nariz, la boca, los oídos y no sólo la balanza.

Golpea el metal con un clavo, así sabrás de qué está hecho. Muerde el plástico para identificar su composición. Si es duro, pártelo en dos y huélelo. Si huele a fresco, es que está hecho de poliuretano de buena calidad.

Abdul había aprendido. Llegó un año en que tuvieron suficiente para comer. Al siguiente la casa se asemejaba un poco más a un hogar. Sustituyeron la sábana por un panel divisorio hecho de trozos de aluminio y, más tarde, levantaron una pared de ladrillos desechados, lo que convirtió su chabola en la morada más sólida de las de su hilera. Cada vez que pensaba en el tabique de ladrillo lo invadían sentimientos dispares. Orgullo, miedo de que la calidad de los ladrillos fuera tan mala que la pared fuera a desmoronarse, alivio sensorial. Ahora había una barrera de casi ocho centímetros entre él y la Coja, quien, mientras su marido salía a clasificar basura, se dedicaba a recibir a sus amantes.

En los últimos meses Abdul sólo la oía cuando pasaba renqueando con sus muletas de camino al mercado o a la letrina comunal. Las muletas de la Coja daban la impresión de ser demasiado cortas, porque cuando caminaba lo hacía sacando el culo, agitándolo de una manera que hacía reír a la gente. El carmín era otro motivo de hilaridad. ¿Se pinta la cara para pasarse el día acurrucada en ese agujero de mierda? Unos días llevaba los labios naranja, otros rojo amoratado, como si se hubiera subido al ciruelo que estaba junto al hotel Leela y se lo hubiera comido entero.

El verdadero nombre de la Coja era Sita. Tenía la piel clara, lo que por lo general es una ventaja, pero la pierna raquítica había depreciado su valor como novia. Sus padres hindúes habían aceptado la única oferta de matrimonio que habían recibido, de un musulmán, pobre, feo y muy trabajador. Viejo, «medio muerto, pero quién más la va a querer», tal y como había dicho su madre con el ceño fruncido en una ocasión. El improbable marido la había rebautizado Fatima y de su intempestivo apareamiento habían nacido tres niñas escuálidas. La más enfermiza se había ahogado en un barreño, en casa. Fatima no pareció sentir su pérdida, lo que dio que hablar a la gente. Pasados unos pocos días salió de su choza meneando las caderas como siempre y mirando fijamente a los hombres con sus ojos insolentes y jaspeados de destellos dorados.

En los últimos tiempos en Annawadi había demasiadas ansias, o al menos eso le parecía a Abdul. Conforme India empezaba a prosperar, las viejas ideas sobre aceptar la vida que le viene a uno asignada por su casta o por sus deidades estaban dando paso a una creencia en la reinención terrena. Los habitantes de Annawadi hablaban ahora como si tal cosa de una vida mejor, como si la buena fortuna fuera un primo que llegaba de visita el domingo, como si el futuro se presentara distinto de algún modo del pasado.

Mirchi, el hermano de Abdul, no tenía intención de trabajar separando basura. Se imaginaba vestido con un uniforme almidonado y presentándose todos los días a trabajar en un hotel de lujo. Había oído hablar de camareros que se pasaban el día clavando mondadientes en trozos de queso o alineando cuchillos y tenedores en una mesa. Quería un trabajo de esa clase, limpio.

—Espera y verás —le había espetado una vez a su madre—. ¡Voy a tener un cuarto de baño tan grande como esta chabola!

El sueño de Raja Kamble, el enfermizo limpiador de retretes que vivía en el callejón detrás del de Abdul, era renacer desde el punto de vista médico. Una válvula nueva que le arreglara el corazón y le permitiera sobrevivir para terminar de criar a sus hijos. Meena, de 15 años, cuya choza estaba doblando la esquina, ansiaba la libertad y la aventura que había visto en las telenovelas, en lugar de un matrimonio concertado y la sumi-

sión doméstica. Sunil, un trapero raquítico de 12 años, quería comer lo suficiente para empezar a crecer. La ambición de Asha, una mujer de armas tomar que vivía junto a las letrinas, tenía un carácter distinto. Soñaba con ser la primera mujer jefa del asentamiento y hacer su entrada en la clase media a lomos de la inexorable corrupción. Su hija adolescente, Manju, consideraba su propio objetivo más noble: convertirse en la primera licenciada universitaria de Annawadi.

La más ridícula de estos soñadores era la Coja. Todo el mundo pensaba así. Su principal interés era el sexo extramatrimonial, pero no la movía sólo el afán de ganar dinero. De haber sido así, sus vecinos lo habrían entendido. Pero es que la Coja también buscaba trascender el infortunio que le había ganado su apodo. Quería ser respetada y considerada atractiva. Para los vecinos de Annawadi tales deseos eran impropios de una lisiada.

Lo que quería Abdul era esto: una esposa que desconociera palabras como *chuloputa* o *tu puta madre*, a la que no le importara demasiado cómo olierá y, con el tiempo, un hogar en alguna parte, cualquiera, que no fuera Annawadi. Al igual que la mayoría de los habitantes del asentamiento, del mundo en realidad, estaba convencido de que sus aspiraciones estaban en consonancia con sus capacidades.

La policía estaba en Annawadi, cruzando el maidan en dirección a su casa. Tenía que ser la policía. Ningún habitante de la barriada hablaba con tal seguridad.

La familia de Abdul conocía a muchos de los agentes de la comisaría local, lo suficiente para temerlos a todos. Cuando se enteraban de que alguna familia del poblado estaba ganando dinero, la visitaban cada día con el fin de extorsionarla. El peor de todos había sido el agente Pawar, quien había maltratado a la pobre Deepa, una niña sin hogar que vendía flores junto al Hyatt. Pero la mayoría de ellos de buena gana se sonarían las narices con tu último trozo de pan.

Abdul había estado preparándose para el momento en que los agentes cruzaran el umbral de su casa familiar, para el ruido de niños gritando, de recipientes de acero inoxidable vueltos del revés con violencia. Pero los dos agentes se mostraron de lo más tranquilos, amistosos incluso, mientras les hacían partícipes de los hechos más relevantes. La Coja había sobrevivido y había formulado una acusación desde su cama en el hospital, a saber, que Abdul, su hermana mayor y su padre la habían pegado y prendido fuego.

Más tarde Abdul recordaría las palabras de los agentes atravesando la pared del almacén con la lentitud propia de un sueño. Así que su her-

mana Kehkashan también estaba acusada. Esto sólo bastó para que deseara la muerte de la Coja. Después deseó no haberlo deseado. Si la Coja moría, su familia estaría aún más jodida.

Ser pobre en Annawadi o en cualquier barriada de Bombay equivalía a ser culpable de alguna cosa. En ocasiones Abdul compraba trozos de metal que los traperos habían robado. Lo cierto es que llevaba un negocio sin licencia. El mero hecho de vivir en Annawadi era ilegal, puesto que las autoridades del aeropuerto querían fuera de sus terrenos a todos los ocupas como él. Pero él y su familia no habían quemado a la Coja. Ella misma se había prendido fuego.

El padre de Abdul defendía la inocencia de su familia con su voz susurrante, propia de alguien con pulmones débiles, mientras los agentes lo conducían fuera de la casa.

—¿Dónde está tu hijo? —gritó uno de ellos el voz cuando se encontraban a la puerta del almacén. En este caso el volumen en que hablaba el agente no era una demostración de poder. Intentaba hacerse oír por encima de la madre de Abdul, que sollozaba.

Incluso cuando tenía un buen día, Zehrunisa Husain era una fábrica de lágrimas; llorar era una de sus maneras preferidas de iniciar una conversación. Pero ahora el llanto de sus hijos intensificaba el suyo. El amor de los pequeños Husain por su padre era tan sencillo como el que Abdul sentía por él y siempre recordarían la noche en que la policía vino a llevárselo.

Pasó el tiempo. Los sollozos fueron espaciándose.

—Estará de vuelta en media hora —les decía la madre a los niños con voz aguda y cantarina, uno de los tonos que adoptaba para mentir. A Abdul le impresionaron especialmente las palabras *de vuelta*. Después de arrestar a su padre, al parecer la policía se había marchado de Annawadi.

Abdul no podía descartar la posibilidad de que los agentes volvieran a buscarlo a él. Pero, por lo que sabía de las reservas de energía de la policía de Bombay, era más probable que dieran por terminada su jornada laboral. Eso le daba tres o cuatro horas más de oscuridad para planear una huida más sensata que esconderse en el cobertizo contiguo a la casa.

No se sentía *incapaz* de atreverse. Una de las virtudes de las que se enorgullecía en privado era que, de tanto clasificar basura, tenía unas manos lo bastante fuertes como para matar a alguien, de que era capaz de partir un ladrillo en dos, a lo Bruce Lee.

—Pues venga, vamos a coger un ladrillo —le había dicho una chica con la que en una ocasión había compartido, imprudentemente, esta convicción. Abdul había farfullado alguna excusa. El asunto del ladrillo era algo en lo que quería creer, no poner a prueba.

Su hermano, Mirchi, dos años menor, era bastante más valiente y no se habría escondido en el almacén. A Mirchi le gustaban las películas de Bollywood en las que proscritos de pecho desnudo saltaban por ventanas y corrían por el techo de trenes en movimiento, mientras la policía que los perseguía disparaba sin dar nunca en el blanco. Abdul se tomaba cualquier peligro, en todas las películas, demasiado en serio. En su memoria seguía muy viva aquella noche en que acompañó a otro niño a un cobertizo a metro y medio de distancia donde proyectaban vídeos pirata. La película trataba de una mansión en cuyo sótano vivía un monstruo, una criatura de pelo color naranja que se alimentaba de carne humana. Cuando terminó tuvo que pagar al propietario veinte rupias para que lo dejara dormir en el suelo porque tenía las piernas demasiado rígidas por el miedo para regresar caminando a su casa.

Aunque le daba vergüenza que los otros niños fueran testigos de su miedo, Abdul consideraba irracional sentirse de ninguna otra manera. Mientras separaba periódicos o latas, tareas que tenían más que ver con el tacto que con la vista, se dedicaba a estudiar a sus vecinos. Esta costumbre le ayudaba a matar el tiempo y a formular teorías, una de las cuales terminó imponiéndose a las demás. Tenía la impresión de que en Annawadi la buena suerte no la definía lo bien que les iba a las personas, sino los accidentes y las catástrofes que habían logrado esquivar. Una vida decente era que no te atropellara un tren, no haber ofendido al jefe del poblado, no enfermar de malaria. Y aunque sentía no ser más inteligente, creía que tenía una cualidad casi tan valiosa para las circunstancias en que vivía. Era *chaukanna*, despierto.

«Mis ojos ven en todas las direcciones», era otra manera que tenía de decirlo. Pensaba que, mientras tuviera tiempo de quitarse de en medio, siempre podría evitar otra calamidad. El incidente con la Coja era el primero que lo pillaba desprevenido.

¿Qué hora era? Una vecina llamada Cynthia estaba en el maidan gritando:

—¿Por qué no ha arrestado la policía al resto de la familia? —Cynthia se llevaba muy bien con Fatima *la Coja* y despreciaba a la familia de Abdul desde que su negocio familiar de basuras fracasó—. Vamos todos a la comisaría, a obligar a los agentes a que vengan y se los lleven —gritaba a los residentes del poblado. Del interior de la casa de Abdul sólo salía silencio.

Pasado un rato, por suerte, Cynthia se calló. No parecía haber un clamor popular a favor de esta manifestación, tan sólo irritación por el hecho de que Cynthia hubiera despertado a todo el mundo. Abdul notaba cómo la tensión de la noche por fin empezaba a ceder, hasta que escu-

chó un estruendo de cacerolas de acero que parecía venir de todas partes. Se sobresaltó, no entendía lo que ocurría.

Una luz dorada se colaba entre los resquicios de una puerta que no era la del almacén. Una puerta que tardó un minuto en identificar. Ya con los pantalones puestos, dedujo que estaba en el suelo de la choza de un joven cocinero musulmán que vivía al otro lado del maidan. Era por la mañana. El estrépito que oía eran los vecinos de Annawadi preparando el desayuno.

¿Cuándo y por qué había cruzado el maidan y entrado en aquella chabola? El pánico había abierto un agujero en su memoria y Abdul nunca sabría a ciencia cierta lo que había hecho en las últimas horas de aquella noche. Lo único claro era que, en la situación más grave de su vida, una que exigía coraje e iniciativa, se había quedado en Annawadi durmiendo.

Enseguida supo lo que tenía que hacer, encontrar a su madre. Puesto que como fugitivo había resultado ser un desastre, necesitaba que ella le dijera qué hacer.

—Márchate enseguida —ordenó Zehrunisa Husain después de darle instrucciones—. ¡Lo más rápido que puedas!

Abdul cogió una camisa limpia y echó a correr. Cruzó el descampado, bajó por un camino en zigzag entre chabolas y salió a una carretera llena de escombros. Basura y búfalos del lado del poblado. Los cristales relucientes del Hyatt del otro. Tratando de abrocharse los botones mientras corría. Después de casi doscientos metros llegó a la carretera ancha que llevaba al aeropuerto, bordeada por jardines en flor, cosas bonitas de una ciudad que apenas conocía.

Incluso mariposas. Las dejó atrás corriendo y entró en el aeropuerto. Llegadas abajo. Salidas arriba. Escogió una tercera dirección y corrió junto a una larga extensión de valla de aluminio azul y blanca, detrás de la cual las taladradoras trabajaban con gran estruendo, excavando los cimientos de una nueva y lujosa terminal. En ocasiones Abdul había tratado de calcular el valor en efectivo del perímetro de seguridad de la terminal. Dos paneles de aluminio, agenciados y después vendidos, bastarían para que un basurero como él pudiera pasarse un año entero tumbado a la bartola.

Siguió avanzando, después giró bruscamente a la derecha en una explanada con taxis negros y amarillos que brillaban en el violento sol de la mañana. De nuevo a la derecha, por la umbría curva de camino de entrada, sobre la que colgaba una frondosa rama. Una vez más a la derecha y se encontró en el interior de la comisaría de Sahar.

Zehrunisa había estudiado el semblante de su hijo. El chico estaba demasiado ansioso por esconderse de la policía. Su miedo en cambio,

cuando se despertó, era que los agentes pegaran a su marido en castigo por la huida de Abdul. El deber del hijo mayor era proteger a su padre enfermo de algo así.

Abdul cumpliría con su deber y además lo haría casi —sólo casi— de buena gana. Esconderse era lo que hacían los culpables; él quería llevar la palabra «inocente» estampada en la frente. Así pues ¿qué otra cosa podía hacer sino entregarse a las autoridades con poder de estampación, es decir, a la ley, a la justicia, conceptos en los que su limitada experiencia no le había dado ningún motivo para confiar? Pero ahora intentaría hacerlo.

Un agente de policía con uniforme caqui y hombreras estaba repantigado detrás de un escritorio metálico. Al ver a Abdul se levantó sorprendido. Los labios que asomaban bajo el bigote eran gruesos y hacían pensar en un pez y Abdul los recordaría más tarde, por la manera que tenía de separarlos un poco antes de sonreír.

NOTA DE LA AUTORA

Hace diez años me enamoré de un indio y gané un país. Él me insistió en que no me dejara engañar por las apariencias.

Cuando conocí a mi marido yo llevaba diez años haciendo reportajes en comunidades desfavorecidas de Estados Unidos, analizando lo que cuesta salir de la pobreza en uno de los países más ricos del mundo. Cuando vine a India, una nación cada vez más influyente y poderosa en la que todavía se concentraban un tercio de los pobres y un cuarto del hambre del planeta, comprobé que mis preguntas seguían vigentes.

Pronto me impacientaron las dolorosas imágenes de la indigencia india, los niños famélicos con moscas en los ojos y otros emblemas de la abyección que uno no puede evitar encontrarse a los cinco minutos de entrar en una barriada. Para mí —y diría que también para los padres de la mayoría de niños pobres, de cualquier país— la línea de investigación más importante es algo que lleva tiempo identificar. ¿Cuál es la infraestructura de oportunidades en esta sociedad? ¿Qué habilidades fomentan el mercado y la política económica y social del gobierno? ¿Cuáles se desperdician? ¿Cómo pueden prosperar esos niños famélicos para ser menos pobres?

Entonces surgió una nueva serie de preguntas, sobre la desigualdad profunda y yuxtapuesta, seña de identidad de tantas ciudades modernas (Los estudiosos que realizan gráficos de desigualdad entre ciudadanos ricos y pobres consideran Nueva York y Washington casi tan desiguales como Nairobi y Santiago). Para algunas personas estas yuxtaposiciones entre riqueza y pobreza constituyen un problema moral. Lo que a mí me fascina es por qué no son un problema práctico. Después de todo en las Bombays del mundo hay más pobres que ricos. ¿Por qué lugares como Airport Road, donde barriadas de chabolas y hoteles de lujo viven codo con codo, no se parecen más al paisaje bélico que el telón de fondo en el videojuego *Metal Slug 3*? ¿Por qué no estallan más sociedades desiguales?

Quería leer un libro que empezara a dar respuesta a algunas de mis preguntas porque no me sentía capaz de escribirlo, al no ser india, no conocer las lenguas del país y no tener a mis espaldas una vida de inmersión en el contexto a describir. También dudaba de mi capacidad de enfrentarme a las condiciones de vida en el monzón y en una barriada después de años de pésima salud. La decisión la tomé en el curso de una noche absurdamente larga que pasé sola en mi casa de Washington. Después de tropezar con un diccionario en su versión extensa me encontré en el suelo con un pulmón perforado y tres costillas rotas sobre un charco de refresco *light* e incapaz de arrastrarme hasta el teléfono. En las horas que pasé así mis ideas se aclararon un tanto. Una vez probada mi incapacidad de cohabitar con un diccionario, tenía poco que perder si decidía investigar en otro campo, un lugar situado más allá de mi supuesta área de especialización, donde el riesgo de fracasar sería grande pero las interacciones algo más significativas.

Me parecía que no había suficientes ensayos publicados sobre India, reportajes en profundidad que mostraran cómo la gente común de baja renta —en especial mujeres y niños— salía adelante en la época de los mercados globales. Había leído historias de personas que se reinventaban a sí mismas y triunfaban en la India del *software*, historias que a menudo omitían mencionar ventajas de punto de partida que tenían que ver con casta, patrimonio familiar y educación privada. Había leído relatos de chabolistas abnegados atrapados en un lugar de monocromática desdicha... hasta que sus salvadores (por lo común occidentales y blancos) acudían triunfantes a salvarlos. Había leído fábulas de gánsteres y capos de la droga dueños de un pico de oro que haría palidecer de envidia a Salman Rushdie.

Los habitantes de barriadas que ya había tenido oportunidad de conocer en India no eran ni míticos ni enternecedores. Desde luego no eran gente pasiva. Por todo el país, en comunidades que sin duda andaban escasas de salvadores, se esforzaban, a menudo con gran ingenio, por aprovechar las nuevas oportunidades económicas que traía el siglo XXI. Las estadísticas oficiales dan una idea aproximada de cómo les iba a estas familias. Pero en India, como en muchos lugares del mundo, incluido mi propio país, las estadísticas sobre los pobres a menudo guardan una relación muy indirecta con la realidad cotidiana.

Para mí tomarle cariño a un país pasa por formular preguntas incómodas sobre el acceso de sus ciudadanos menos poderosos a cosas como la justicia y la oportunidad. Cuanto mejor conoce una a esas personas, mayor es la necesidad de preguntar. Aunque en ningún momento he aspirado a juzgar el todo por una esquirla, pensé que sería útil seguir a los habitantes de una única y ordinaria barriada a lo largo de varios años

para ver quién salía adelante y quién no y por qué, conforme India prosperaba. Puesto que no había manera humana de solucionar el problema de no ser india, traté de compensar mis limitaciones de la misma manera que lo hago cuando me encuentro en territorio estadounidense que no me es familiar: dedicando tiempo y atención, documentándome en profundidad y cotejando cada declaración.

Los hechos que se narran en estas páginas son reales, como lo son los nombres. Desde aquel día de noviembre de 2007 que entré en Annawadi y conocí a Asha y a Manju hasta marzo de 2011, cuando terminé mi investigación, documenté la vida de sus habitantes por medio de notas escritas, grabaciones de vídeo, grabaciones sonoras y fotografías. Varios niños del poblado, después de aprender a la perfección cómo se usaba mi cámara Flip Video, también documentaron hechos narrados en este libro. Devo Kadam, uno de los antiguos alumnos de Manju, resultó un documentalista especialmente apasionado.

También consulté más de tres mil documentos públicos, muchos de ellos obtenidos después de años de peticiones a agencias gubernamentales amparándome en la muy celebrada Ley India del Derecho a la Información. Los documentos oficiales, procedentes de agencias que incluían la policía de Bombay, el departamento estatal de salud pública, la burocracia de la educación estatal y central, oficinas electorales, oficinas municipales, hospitales públicos, depósitos de cadáveres y tribunales, fueron decisivos en dos maneras. Validaban, en detalle, muchos aspectos de la historia contada en estas páginas. También revelaban los medios por los que la corrupción del gobierno y la indiferencia eliminan toda constancia oficial de las vivencias de los ciudadanos pobres.

Cuando describo los pensamientos de los individuos en las páginas precedentes es porque dichos pensamientos me han sido relatados y también a mis traductores o a otras personas en nuestra presencia. Cuando busco entender, en retrospectiva, lo que piensa una persona en un momento determinado, o cuando tenía que hacer varias entrevistas para poder descifrar la complejidad del punto de vista de algunos protagonistas —algo que ocurría a menudo— empleo la paráfrasis. Abdul y Sunil, por ejemplo, no tenían apenas costumbre de hablar de sus vidas y sus sentimientos, ni siquiera con sus familias. Llegué a comprender sus pensamientos insistiéndoles en repetidas (ellos dirían interminables) conversaciones y entrevistas para repasar datos, a menudo mientras trabajaban.

Aunque era consciente del riesgo que corría de sobreinterpretar, me parecía menos riguroso limitar mi atención al puñado de vecinos de Annawadi poseedores de una elocuencia que habría hecho más atractivas las citas. Para las personas que trabajan demasiado, que en muchas ocasiones pasan gran parte de sus días faenando en silencio rodeados de basura,

el lenguaje cotidiano tiende a ser de tipo transaccional. No deja ver de forma inmediata las profundas y originales inteligencias que en el curso de casi cuatro años fueron aflorando con gran fuerza.

* * *

Cuando me instalo en un lugar y me pongo a escuchar y observar no me engaño pensando que las historias de los individuos son en sí argumentaciones. Tan sólo creo que las mejores argumentaciones, quizá incluso las mejores medidas políticas, se hacen cuando sabemos más cosas sobre las vidas de la gente común.

Aunque pasé algún tiempo en otras barriadas para poder comparar, elegí centrarme en Annawadi por dos razones: por la sensación de posibilidad que había allí, puesto que la riqueza acechaba por todas partes, y porque sus dimensiones eran lo suficientemente pequeñas para permitir hacer encuestas puerta a puerta, lo que yo llamo el enfoque de «sociología vagabunda». Las encuestas me ayudaron a empezar a diferenciar entre problemas aislados y comunes, como la marginación de los inmigrantes e *hijras* de Annawadi.

Mi investigación no fue agradable, al menos al principio. Ante los habitantes de Annawadi yo ofrecía las más de las veces un espectáculo de verdad bochornoso, tropezando en el lago de aguas residuales mientras grababa en vídeo y protagonizando encontronazos con la policía. Sin embargo tenían preocupaciones más urgentes que mi presencia allí. Después de un mes o dos de curiosidad volvieron a ocuparse de sus asuntos mientras yo hacía la crónica de sus vidas.

Mrinmayee Ranade, generosa y de gran talento, hizo posible esta transición. Fue mi intérprete durante los seis primeros meses de este proyecto y su profunda inteligencia, oído escrupuloso y cálida presencia me permitieron llegar a conocer a las gentes de Annawadi y a ellos conocerme a mí. Kavita Mishra, estudiante universitaria, también fue una traductora competente en 2008. Y a principios de abril de ese mismo año Unnati Tripathi, una joven brillante que había estudiado sociología en la Universidad de Bombay, se sumó al proyecto como intérprete. Tenía sus reservas sobre el hecho de que una occidental escribiera sobre la gente de las barriadas, pero los vínculos que estableció con los vecinos de Annawadi demostraron ser más fuertes que sus reservas. Pronto se convirtió en una entregada coinvestigadora e interlocutora crítica, sus aportaciones están por todo el libro. Juntas y en el curso de tres años, nos esforzamos por decidir si los días en chozas llenas de basura en Annawadi y las expediciones nocturnas con ladrones a un glamuroso aeropuerto contribuirían en algo a la comprensión de la búsqueda de oportu-

tunidades en un mundo desigual y globalizado. Quizá, fue nuestra firme conclusión.

Yo fui testigo de la mayoría de los hechos descritos en este libro. Los otros los investigué poco después de que ocurrieran, utilizando entrevistas y documentos. Por ejemplo el relato de las horas que llevaron a la inmolación de Fatima Shaikh y sus consecuencias inmediatas está basado en repetidas entrevistas con ciento sesenta y ocho personas, así como en informes de la policía, el hospital público, el depósito de cadáveres y el juzgado.

Cuando investigaba esta y otras partes del relato en las cuales había una encendida controversia sobre los datos descubrí que los niños de Annawadi eran los testigos más fiables. Libres de los condicionantes políticos, económicos y religiosos de sus mayores, tampoco les preocupaba cómo sería recibida su versión de los hechos. Por ejemplo los testimonios de las hijas de Fatima que estuvieron presentes durante las peleas que terminaron con su madre prendiéndose fuego eran consistentes con la exoneración de Abdul Husain, como también lo eran los de otros niños de Annawadi en cuyos agudo ingenio y vista había aprendido, con el tiempo, a confiar.

Presenciar de primera mano los acontecimientos o escribir sobre ellos poco después de ocurridos resultaba crucial, porque según pasaban los años algunos de los habitantes de la barriada fueron modificando sus declaraciones por miedo a incurrir en la ira de las autoridades. (Su miedo no era algo irracional, en ocasiones agentes de la policía de Sahar amenazaron a quienes hablaron conmigo). Otros habitantes de Annawadi cambiaron su relato de lo ocurrido buscando consuelo psicológico, otorgándose, en retrospectiva, mayor control sobre la experiencia del que habían tenido en realidad. Recrearse en recuerdos tristes se consideraba poco propicio y nada productivo y Abdul hablaba en nombre de muchos de sus vecinos cuando protestó un día:

—Pero ¿eres tonta, Katherine? Ya te lo he contado tres veces y lo has escrito en tu ordenador. Yo ya lo he olvidado y quiero que siga así. Así que ¿quieres hacer el favor de no preguntármelo otra vez?

Con todo y con eso desde noviembre de 2007 hasta marzo de 2011 él y otros habitantes de Annawadi trabajaron muy duro para ayudarme a retratar sus vidas y sus dilemas. Lo hicieron aun sabedores de que yo revelaría sus defectos tanto como sus virtudes y en el conocimiento de que no estarían de acuerdo con todo lo que saldría en el libro resultante.

Puedo afirmar con seguridad que no participaron en este proyecto llevados por el afecto hacia mi persona. Cuando no estaba desenterrando malos recuerdos, me encontraban simpática. Yo los encontraba a ellos

mucho más que simpáticos. Pero me soportaron en gran medida porque compartían mis preocupaciones sobre la distribución de oportunidades en un país que amaban y que estaba cambiando a toda velocidad. Manju Waghekar, por ejemplo, habló con franqueza sobre la corrupción con la esperanza, por muy leve que fuera, de que al hacerlo ayudaría a crear un sistema más justo para otros niños. Elecciones como éstas, dada la vulnerabilidad socioeconómica de quienes las toman, fueron sencillamente valientes.

Igual que la historia de Annawadi no es representativa de un país tan enorme y diverso como India, tampoco es una encapsulación compacta del estado de pobreza y oportunidad en el mundo del siglo XXI. En cada comunidad los detalles varían, e importan. No obstante en Annawadi me llamó la atención comprobar que compartía rasgos con otras comunidades pobres en las que he pasado tiempo.

En la era de la globalización —una era de trabajo especializado, temporal y salvajemente competitiva— la esperanza no es una quimera. La pobreza extrema está siendo mitigada de forma gradual, desigual y sin embargo significativa. Pero mientras el capital circula a gran velocidad por todo el planeta y la idea de un empleo fijo se vuelve anacrónica, la impredecibilidad del día a día tiene la capacidad de erosionar la promesa individual. Idealmente el gobierno puede corregir parte de esta inestabilidad. Demasiado a menudo un gobierno débil la intensifica y demuestra ser mejor alimentando la corrupción que las aptitudes humanas.

De todos los efectos de la corrupción, me parece que el que más a menudo se pasa por alto es la reducción, no de las oportunidades económicas, sino de nuestro universo moral. En mi trabajo me llama siempre la atención la imaginación ética de los más pequeños, incluso de aquellos cuyas circunstancias son tan desesperadas que la envidia supondría una ventaja. Los niños tienen escaso poder para poner en práctica su imaginación y, para cuando crecen, es posible que se hayan convertido en adultos que siguen su camino mientras un recolector de basura se desangra lentamente en la cuneta, que le dan la espalda a una mujer quemada que se retuerce de dolor o cuya primera reacción cuando una adolescente llena de vida bebe veneno para ratas es encogerse de hombros. ¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo —por expresarlo en palabras de Abdul— se transforma el deseo de un niño de ser hielo en agua? Uno de los clichés sobre India dice que la pérdida de una vida aquí importa menos que en otros países debido a la creencia hindú en la reencarnación y por la magnitud de su población. Durante mis investigaciones comprobé que los más jóvenes sienten y mucho la pérdida de una vida. Lo que parecía indiferencia hacia el sufrimiento ajeno tenía poco que ver con la reencarnación y todavía menos con haber nacido incivilizados. Creo que estaba muy re-

lacionado con las circunstancias que habían saboteado su capacidad innata para actuar de forma moral.

En lugares donde las prioridades gubernamentales y los imperativos del mercado crean un mundo tan caprichoso que ayudar a un vecino equivale a poner en peligro la capacidad de uno de alimentar a su familia y en ocasiones hasta la libertad propia, la idea de una comunidad pobre pero solidaria se cae por su propio peso. Los pobres se culpan los unos a los otros de las elecciones de los gobiernos y los mercados y los que no somos pobres estamos dispuestos a culpar a los pobres con igual dureza.

Es fácil, desde la distancia, pasar por alto el hecho de que en las infraurbes gobernadas por la corrupción, donde personas exhaustas rivalizan en un espacio exiguo por muy poco, es dolorosamente difícil ser bueno. Lo asombroso es que algunas personas *son* buenas, y que muchas intentan serlo, todos esos individuos invisibles que cada día se enfrentan a dilemas no muy distintos del de Abdul, con una encimera en la mano, aquella tarde de julio en que su vida saltó por los aires. Si la casa está torcida y a punto de desmoronarse y el terreno sobre el que se encuentra es desigual, ¿es posible que algo se sostenga derecho?